

I.

¡Ten cuidado, Odiseo! Ya soy una extraña para ti. Veinte años entre cuatro paredes, rehén de tu recuerdo y de tu honra, viviendo una vida que no me pertenece, me han convertido en una mujer desconocida.

Ojalá fuera la existencia como un cesto de cerezas; sería levantarse cada día y tomar una, color rojo corinto, dulcísima y jugosa, llevártela a la boca con dedos distraídos y aguardar lo que la vida depare con ánimo tranquilo y confiado. La vida en Ítaca podría haber sido placentera sin el afán guerrero de los varones griegos.

Reina en la noche plácida de Ítaca la luna en plenitud.

La primavera en Ítaca es breve y rumorosa. La noche trae perfumes de frutas madurando, de flores que conversan entre sí con su lenguaje secreto.

Miro la hermosa luminaria de nuestro cielo claro y no sé si esos astros deambulan o están quietos. Los hombres los confunden con los dioses. Así agradecen el ciclo de la vida, las cosechas, los partos del ganado, la floración de cada primavera que nos llena despensas y graneros.

Pero los astros nos ignoran. Selene no nos mira. Es una hembra solitaria y fantasmal, como Penélope. La soledad no le permite conciliar el sueño y sale a pasear.

Yo estoy sola y velo.

Y en las horas en que el silencio se adueña de mi casa, percibo entre mis sienes el incansable crujido de la carcoma que destruye en mi interior la esperanza de una vida decente.

Ojalá Paris, el instrumento de una diosa que no conoce la medida, hubiera perecido entre las olas de alguna tempestad en su viaje a Esparta. Ojalá nunca se hubiera prendado de esa Helena por cuya liviandad tanto daño han recibido dos pueblos nobles. Grecia está poblada de viudas por su culpa. Y ardió Troya hace tiempo. Ya es de ceniza su recuerdo. Hace ya años que el heraldo de la ciudad anunció la destrucción de Troya y se alabó el ingenio de Odiseo, como antes se había celebrado su valor ante el Consejo, en la asamblea de los dignatarios o en el ágora repleta de mercaderes y campesinos.

En ocasiones los desvergonzados parásitos que se han adueñado de los fogones del palacio de Odiseo hacen traer a su presencia a algún aedo peregrino de los que ganan su pan recitando en las ágoras de Grecia hazañas imposibles de creer. Yo creo que alguna musa borracha las inspira.

No hay héroe griego que no viva en la memoria de los otros usurpando una gloria que no le corresponde.

Grecia lo sabe.

Pero los ociosos pretendientes de mi lecho, cansados de retarse entre sí con juegos infantiles, distraen la espera o amenizan su banquete interminable oyendo los relatos de esa gloria usurpada. Las esclavas más jóvenes que llenan sus copas o atienden sus demandas me hacen llegar en ocasiones las historias que se cuentan en las estancias de mi casa.

¡Laértida imprudente! Fue a meterse con tan escasa compañía en la fortaleza de sus encarnizados enemigos. Despreciando su vida, como si no tuviera un hijo y una esposa aguardando su vuelta.

Que saliera ileso es un asunto que se celebra en toda Grecia.

Odiseo es un héroe en cualquier lugar de Grecia, salvo en su propia casa, donde se le tiene por padre descuidado y marido sin memoria.

Ya hay quienes suponen muerto al rey de Ítaca, según pasan los años sin que arribe a las costas de la patria y me reclaman los ritos funerarios que se merece su intachable leyenda de héroe griego.

Los impacientes enviarían emisarios por los caminos para anunciar la triste nueva, porque hay muchos que desean compartir las propiedades y el lecho de la reina.

¿Quién es Penélope, una mujer al cabo, para regir los destinos de Ítaca? Por la mar de Icaria resuenan los ecos de esa guerra que resultaba interminable. Se hinche el orgullo griego, indefenso y temible, porque sus guerreros escogidos doblegaron las defensas de Troya que tanto tiempo resultaron inexpugnables. Troya es la gran hazaña. Pero ningún aedo canta qué terribles consecuencias ha pagado Grecia.

Sus reyes, los que tienen a su cuidado la felicidad de cada pueblo, rápidamente se embarcaron en una empresa loca para vengar la afrenta que una hembra insatisfecha ocasionó a un atrida.

Cada mujer de Grecia tiene motivos para escapar del gineceo que la mantiene prisionera, aunque ningún aventurero troyano la corteje.

Privados del vigor de sus varones jóvenes, sacrificados ante el altar de Ares para satisfacer el orgullo de un cornudo, se empobrecieron los campos de Grecia, escasearon las cosechas y se volvió la mar esquiva y avarienta. Se alzó el descontento en cada polis y a su calor oportunistas ambiciosos que evitaron la guerra fraguaron las traiciones. Hoy paga Grecia con su propia sangre el largo abandono de sus reyes y hay muchas más mujeres enlutadas que estrellas en ese cielo que contemplo.

No fue distinto en esta tierra. Se fue el rey en busca de la gloria incierta que produce la guerra y se echó sobre nosotros la pobreza. Odiseo llevó consigo doce naves de numerosos bancos de remeros. Las cargó con lo mejor de cada isla y despobló los campos, los bosques, el puerto y las atarazanas de hombres jóvenes. Ninguno ha vuelto todavía.

Ítaca, la orgullosa tierra que gobernaba no hace tanto tiempo la mar de Jonia, se encamina despacio hacia el olvido.

Ya hay agoreros que lo anuncian y echan sobre mis hombros indefensos las culpas de los males que nos cercan.

“El rey ha muerto” dicen. “Abre tus piernas a otro rey y deja que él nos conduzca hacia el futuro”.

Grecia es una tierra lastimosa. Cualquier griego sensato conoce la razón de sus desgracias. Culpa al destino y se lamenta. Y espera que un rey, más preocupado de encontrar una guerra a la que entregarse con entusiasmo que de multiplicar los olivares en las colinas yermas de su tierra, lo salve de la ruina.

Ten cuidado, Odiseo. Mientras Grecia te encumbra, Penélope te olvida. Y olvido es mucho más que una palabra. El olvido destruye los jardines y los convierte en un lugar salvaje donde las fieras encuentran acomodo.